

Sección a cargo de Guillermo Fernández



Miguel Ángel. Grupo de *La victoria*, 1530, mármol, 261 cm de altura.

ITALIA EN LA COLMENA

DANTE ALIGHIERI

LA DIVINA COMEDIA

INFIERNO

CANTO XXXII

Si áspero y ronco mi estilo fuese,
concorde a describir el pozo triste
donde se apoya el resto de las rocas,

mucho mejor expresaría el meollo
de mi mente; mas como de él carezco,
no sin miedo comienzo a relatar,

pues no es cosa de juego la tarea
de describir del universo el fondo
ni la acomete lengua balbuciente.

Que vengan en auxilio de mis versos
ésas que con Anfión fundaron Tebas,
y el hecho y el decir sean semejantes.

¡Oh criaturas perversas sobre todas,
que estáis donde decirlo es cosa dura!
¡Más os valdría ser cabras u ovejas!

Llegando al fondo del obscuro foso,
más bajo aún de los pies del gigante,
me puse a contemplar el alto muro;

entonces, escuché: «Ve dónde pisas;
procura que tus plantas no quebranten
las testas de tus míseros hermanos».

Volvíme, entonces, y miré delante,
bajo mis pies, un lago congelado,
más parecido al vidrio que no al agua.

De tan espesa capa no se cubren,
en invierno, el Danubio en tierra austriaca,
ni el lejano Tanais con cielo frío,

como el tal lago; pues si el Tambernic
o el Pietra Apuana encima le cayeran,
ninguna cuarteadura sufriría.

Y cual hacen las ranas cuando croan
asomando el hocico al ras del agua,
cuando la aldeana sueña en espigar,

yacían así los condenados, lívidos,
hasta el lugar en que el rubor asoma,
chasqueando con los dientes cual cigüeñas.

Hacia el hielo inclinaban las cabezas,
testimoniando con su boca el frío
y con los ojos la infinita pena.

Cuando a mi alrededor hube mirado,
junto a mis pies vi a dos tan unidos
que sus greñas tenían enredadas.

«Vosotros, que juntáis así los pechos,
¿quiénes sois?», dije, y alzaron la testa.
Con denuedo, después de haberme visto,

de sus ojos manaron tibias lágrimas
que corriendo llegaron a sus labios
y al punto en escarcha se cuajaron.

Ninguna grapa unió jamás tan fuerte
dos tablones; y, como dos carneros,
se topetearon, presas de la ira.

Y otro, que había perdido ambas orejas
a causa del helor, con la faz baja
me dijo: «¿Qué te impulsa a vernos tanto?»

Si de estos dos aquí quieres saber
diré que todo el valle del Bisenzio
fue de los dos y de Alberto, su padre.

Los hizo un mismo vientre; y aunque vayas
por toda la Caína no hallarás
a nadie que merezca tanto el hielo;

ni aquél al que le hendieron pecho y sombra
esgrimiendo la mano de un Arturo,
ni Foccaccia, ni éste que me impide ahora,

con su cabeza, ver a los demás,
Sássolo Mascheroni fue su nombre.
Sabes quién fue, si tú eres toscano.

Y para terminar con lo que digo,
soy Camición, de los Pazzi, y aguardo
a Carlino, que aún fue más culpable».

Mil rostros vi, de tinte tan violáceo,
que desde entonces siempre me horroriza
la vista de un estanque congelado.

Y mientras que hacia el centro caminábamos,
donde cae todo el peso de la Tierra,
yo temblaba en la eterna lobreguez.

Si lo quiso el destino o la fortuna,
no sé, pero al pasar entre las testas
mi pie topó con fuerza en una de ellas.

Llorando, me gritó: «¿Por qué me pisas?
Si no vienes a aumentar la venganza
de Monteaperti, ¿por qué me importunas?»

Y yo: «Maestro mío, espera un poco,
que acerca de éste acósame una duda;
iremos luego aprisa cuanto quieras».

Mi guía se detuvo, y dije a aquél
que, áspero, blasfemaba todavía:
«Pero ¿quién fuiste tú, que así rezongas?»

«Y tú quién eres», replicó, «que vas
por Antenor golpeando ajenos rostros?
¡Caro lo pagarías si viviera!»

«Yo estoy vivo, y podría convenirte»,
le respondí, «si la fama pretendes,
la inclusión de tu nombre en mi Comedia».

«¡Lo contrario deseo!», replicó,
«y lárgate de aquí, no me molestes,
que mal suena el halago en el tormento».

Entonces lo aferré por la mollera
y le dije: «O me das ahora tu nombre
o no te va a quedar un solo pelo».

Respondió, furibundo: «Aunque me peles
y patees mil veces la cabeza
no te diré jamás cuál es mi nombre».

Asiendo fuertemente sus cabellos
entonces le arranqué más de un mechón,
pero él aullaba siempre cabizbajo,

cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca?
¿No te basta trinar con las quijadas?
¿Por qué ladras? ¿Qué diablos te atosigan?»

«¡Ah, malvado traidor, no quiero que me hables»,
le dije, «porque aumentaré tu afrenta
al dar de ti noticias confirmadas».

«¡Lárgate», dijo, «y cuenta lo que quieras;
mas si logras salir de aquí denuncia
a ése que hubo de soltar la lengua

y llora aquí el dinero que le dieron
los franceses. “Yo vi, podrás decir,
a aquel de Duera en el helado estanque».

Si por otros de aquí te preguntasen,
junto a ti se halla el de Beccaría,
a quien Florencia el cuello le cortara.

Gianni de Soldaniero está, supongo,
junto con Ganelón y Tebalde,
el que entregó a la inerme Faenza».

Prosiguiendo el camino, a dos hallamos
en un mismo agujero y ateridos,
una testa sobre otra, cual sombrero.

Y así como el hambriento muerde el pan,
el de encima clavábale los dientes
donde el cerebro se une con la nuca.

De tal modo Tideo devoraba
de Menalipo las odiadas sienes,
royéndole el cráneo y su materia.

«¡Oh tú, que de manera tan bestial
demuestras tu odio a éste que te zampas!»,
exclamé. «Dime la razón del caso,

porque si de él te quejas con motivo,
sabiendo quiénes sois y cuál el crimen,
te recompensaré en el otro mundo

si mi lengua perdura y no se seca».



CANTO XXXIII

De su yantar feroz alzó la boca
el pecador, limpiándola en las greñas
que rodeaban la herida de la nuca.

Y me dijo: «Tú quieres que renueve
la pena que esclaviza al corazón
aun antes que mi lengua la relate.

Mas si han de ser simiente mis palabras
para infamar al ruín que aquí devoro,
me verás a la vez hablar llorando.

No sé quién eres tú e ignoro cómo
has bajado hasta aquí; por tu manera
de hablar, creo que florentino eres.

Fui conde y llamábame Ugolino,
y éste, que era arzobispo, fue Ruggiero:
ahora sabrás por qué lo trato así.

Por causa de sus planes traicioneros,
fiándome de él, vime luego cautivo
y muerto, como ya todos lo saben;

pero estoy casi cierto de que ignoras
la crueldad padecida hasta mi muerte;
te lo diré y verás tamaño ultraje.

Un breve tragaluz de aquella torre,
a la cual bauticé como del Hambre
—donde otros sufrirán la misma suerte—,

por su hendidura habíame mostrado
muchas lunas, y vi en un mal sueño
cómo se abría el telón de mi destino.

Este me pareció amo y maestro:
lobo y lobeznos huyendo en el monte
que se interpone entre Luca y Pisa.

De ellos en pos iba el conde Gulando,
junto con los Sismondi y los Lanfranchi,
con sus perros hambrientos y furiosos.

El padre y sus hijuelos, acezantes
tras corto trecho en la carrera aquella,
mordidos eran por la cruel jauría.

Al despertar, poco antes del alba,
oí a mis hijos, compañeros fieles,
que entre sueños clamaban por un pan.

Muy duro debes ser si no te dueles
pensando en lo que aquello presagiaba;
si no lloras ahora, entonces ¿cuándo?

Despiertos ya —la hora se acercaba
en que llevar solían el sustento—,
cada quien por su sueño ya dudaba.

Oí cómo clavaban la salida
de la horrorosa torre, desde fuera,
y vi a mis hijos sin decir palabra.

Llorar no pude, presa del espanto;
ellos lloraban. Mi Anselmito dijo:
“¿Por qué nos ves así? Padre, ¿qué pasa?”

Sin llanto alguno, nada respondí
en todo el día y la siguiente noche
hasta que un nuevo sol miró el mundo.

Cuando un poco de luz estaba entrando
en la doliente celda, el mi aspecto
imaginaba al ver los cuatro rostros;

desesperado, me mordí las manos,
y ellos, pensando que lo hacía por hambre,
alzáronse los cuatro y exclamaron:

“Padre querido, menos sufriremos
si comes nuestra carne; tú la hiciste.
Desnuda, pues, lo que tú has vestido”.

Por no apenarlos más, fingí calmarme;
y un día y otro mudos estuvimos.
¡Ay!, ¿por qué no te abriste, tierra dura?

Después de transcurridos cuatro días,
a mis pies Gaddo se arrojó, diciendo:
“¡Ayúdanos, oh padre, que morimos!”

Allí murió. Y así como me miras,
a otros tres vi morir, uno por uno,
al quinto y sexta día. Ya cegado,

a tientas procuraba sus despojos,
llamándolos cual si estuvieran vivos.
Después, más que el dolor, pudo el ayuno».

Esto dijo, y, torciendo la mirada,
mordió de nuevo el miserable cráneo
hincándole los dientes como un perro.

¡Ay, Pisa, vituperio de las gentes,
del hermoso país donde el sí suena!
¿Por qué no te castigan con presura?

¡Muévanse la Capraia y la Gorgona
para formar un dique frente al Arno
y en sus aguas se ahoguen los vecinos,

que si el conde Ugolino fue acusado
de haber sido traidor a tus castillos,
con sus hijos inermes te ensañaste!

Su parva edad libraba de la culpa
a Ugucción y a Brigata, ¡oh nueva Tebas!,
como a los otros dos que el canto nombra.

Y fuimos más allá, donde los hielos
oprimen con rudeza a otra gente
con la faz boca arriba y no inclinada.

Sus mismas lágrimas les veda el llanto
que, topándose al punto con los ojos,
se congela y redobla la tortura;

pues las primeras lágrimas del reo
se hielan cual viseras de cristal
y adentro se desbordan sin alivio.

Y pese a que mi rostro, encallecido
por el intenso frío dominante,
que todos los sentidos envaraba,

me pareció que lo rozaba un viento.
Y a mi Maestro dije: «¿Qué lo agita?
¿No está extinguido aquí todo vapor?»

Y él respondió: «Te encontrarás muy pronto
en un lugar donde tu propia vista
te explicará la causa de este viento».

Un alma hundida en el glacial estanque
nos imprecó: «¡Oh espíritus perversos,
que os dirigís al último recinto,

este hielo arrancadme de los ojos
a fin de que desahogue la aflicción
antes que el llanto forme nuevos hielos!»

Le repliqué: «Si quieres que te auxilie,
dime quién eres; y si no te ayudo,
te haré en estos hielos compañía».

«Yo soy fray Alberigo», respondió,
«el mismo de los frutos del mal huerto
y aquí vine a pagar dátil por higo».

«¡Oh!», exclamé, «¿conque muerto ya eres?».
Y respondiome: «Cómo esté mi cuerpo
allá arriba, en el mundo, no lo sé.

Esta merced nos hace Tolomea,
pues a menudo aquí caen las almas
aun antes que Atropos mueva sus dedos.

Y para que gentilmente desprendas
las lágrimas vidriadas de mi rostro,
sabe que en cuanto un ánima traiciona,

cual hice yo, su cuerpo es poseído
por un diablo que rige las acciones
hasta que acaba el plazo de su vida

y el alma cae en la glacial cisterna.
Tal vez arriba ven aún el cuerpo
de la sombra que inverna a mis espaldas.

Tú lo has de conocer, pues eres nuevo
aquí: es Branca Doria, un inquilino
que con nosotros yace condenado».

«Creo», repuse yo, «que tú me engañas;
pues Branca Doria vive todavía
y come y bebe y duerme y viste ropa».

«Aún no había caído Michel Zanche»,
agregó, «en el foso de Malasgarras,
allá donde la pez terca rebulle,

cuando Branca cedíale a un diablo
su cuerpo, asimismo su pariente
que lo apoyara en la traición famosa.

Tu mano tiende ahora para abrirme
los ojos». Pero nada hice yo
porque era cortesía ser villano.

¡Oh genoveses, raza pervertida
por todo vicio y sin virtud alguna!,
¿por qué del mundo no eres desterrada?

Al hombre más perverso de Romaña
he visto en el infierno; por sus obras
ya se baña su alma en el Cocito

aun antes de abandonar el mundo.

VERSIÓN DE G. F.

La testa por los pelos sujetaba / transportándola a modo de linterna
/ y «¡Ay de mí!», repetía, y me miraba (*Inf.* XXVIII, 121-123).



LA COLMENA 48, octubre-diciembre 2005.



«Oh alma triste clavada cual madero, / con lo de arriba abajo», yo le
hablaba, / «dime, si puedes, que a tu lado espero» (*Inf.* XIX, 46-48).